

PERFIL DEL LAICO CRISTIANO EN 20 TEXTOS + UNO

DELEGACIONES DE APOSTOLADO SEGLAR DE LAS DIOÓCESIS DE ARAGÓN Y RIJOJA

¿QUIÉNES SON LOS LAICOS CRISTIANOS?

Miembros indispensables del pueblo de Dios

Constituyen el pueblo de Dios junto con los sacerdotes y religiosos...

1. «Por el nombre de laicos se entiende aquí todos los fieles cristianos a excepción de los miembros que han recibido un orden sagrado y los que están en estado religioso reconocido por la Iglesia. Es decir, los fieles cristianos que, por estar incorporados a Cristo mediante el bautismo, constituidos en pueblo de Dios y hechos partícipes a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, ejercen, por su parte, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo» (Concilio Vaticano II, LG 31).

Y sin ellos no existiría la Iglesia....

2. «La Iglesia no está verdaderamente formada, ni vive plenamente, ni es representación perfecta de Cristo entre las gentes, mientras no exista y trabaje con la jerarquía un laicado propiamente dicho. Porque el Evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el trabajo del pueblo sin la presencia activa de los seculares. Por tanto, desde la fundación de la Iglesia hay que atender sobre todo a la constitución de un laicado maduro» (Concilio Vaticano II, AG 21).

Pues su vocación es el apostolado...

3. «La Iglesia ha nacido con el fin de que, por la propagación del Reino de Cristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre, haga a todos los hombres partícipes de la redención salvadora, y por su medio se ordene realmente todo el mundo hacia Cristo. Todo el esfuerzo del Cuerpo místico, dirigido a este fin, se llama apostolado, que ejerce la Iglesia por todos sus miembros y de diversas maneras; porque la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado. Así como en el conjunto de un cuerpo vivo no hay miembros pasivos, de igual manera en el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia. [...] Es tan estrecha la conexión y trabazón de los miembros en este Cuerpo, que el miembro que no contribuye según su propia capacidad al aumento del cuerpo debe ser tenido como inútil para la Iglesia y para sí mismo» (Concilio Vaticano II, AA 2).

«Para ellos, el mundo existe y es interesante por sí mismo» (Congar)

Transformar el mundo es la vocación apostólica del laico...

4. «El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. [...] A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretrejida. [...] A ellos, muy en especial, corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera, que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor» (Concilio Vaticano II, LG 31).

Porque el mundo es el campo encomendado a su cuidado...

5. «Los seculares, cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales, deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización. [...] Su tarea primera e inmediata no es la instalación y el desarrollo de la comunidad eclesial -ésta es la

función específica de los Pastores-, sino poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo: el dilatado y complejo mundo de la política, de la realidad social, de la economía; así como también de la cultura, de las ciencias y de las artes de la vida internacional, de los órganos de comunicación social y también otras realidades particularmente abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y de los adolescentes, el trabajo profesional, el sufrimiento» (Pablo VI, EN 70).

Y no sólo la tierra donde les ha tocado vivir...

6. «La común dignidad bautismal asume en el fiel laico *una modalidad que lo distingue, sin separarlo*, del presbítero, del religioso y de la religiosa. El Concilio Vaticano II ha señalado esta modalidad en la índole secular: «El carácter secular es propio y peculiar de los laicos». [...] El Concilio describe la condición secular de los fieles laicos indicándola, primero como el lugar en que les es dirigida la llamada de Dios: «*Allí son llamados por Dios*». [...] Considera su *condición* no como un dato exterior y ambiental, sino como una realidad *destinada a obtener en Jesucristo la plenitud de su significado*. [...] De este modo, *el «mundo» se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos*, porque él mismo está destinado a dar gloria a Dios Padre en Cristo. No han sido llamados a abandonar el lugar que ocupan en el mundo. El Bautismo no los quita del mundo, sino que les confía una vocación que afecta precisamente a su situación intramundana. [...] De este modo, el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial. En efecto, Dios les manifiesta su designio en su situación intramundana, y les comunica la particular vocación de «buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios». [...] La condición eclesial de los fieles laicos se encuentra radicalmente definida por su novedad cristiana y caracterizada por su índole secular» (Juan Pablo II, ChL 15).

También han de cooperar en el desarrollo de la comunidad eclesial, pero sin pasarse...

7. «No hay que pasar por alto u olvidar otra dimensión: los seglares también pueden sentirse llamados o ser llamados a colaborar con sus Pastores en el servicio de la comunidad eclesial, para el crecimiento y la vida de ésta, ejerciendo ministerios muy diversos según la gracia y los carismas que el Señor quiera concederles» (Pablo VI, EN 73).

8. «Se pueden recordar dos tentaciones a las que no siempre han sabido sustraerse [los laicos]: la tentación de reservar un interés tan marcado por los servicios y las tareas eclesiales, de tal modo que frecuentemente se ha llegado a una práctica dejación de sus responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político; y la tentación de legitimar la indebida separación entre fe y vida, entre la acogida del Evangelio y la acción concreta en las más diversas realidades temporales y terrenas» (Juan Pablo II, ChL 2).

Son como la levadura que fermenta la masa

«Metidos en harina», pero no de cualquier manera...

9. «Allí [en el mundo] están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad» (Concilio Vaticano II, LG 31).

«Las imágenes evangélicas de la sal, de la luz, y de la levadura, aunque se refieren indistintamente a todos los discípulos de Jesús, tienen también una aplicación específica a los fieles laicos. Se trata de imágenes espléndidamente significativas, porque no sólo expresan la plena participación y la profunda inserción de los fieles laicos en la tierra, en el mundo, en la comunidad humana; sino que también, y sobre todo, expresan la novedad y la originalidad de esta inserción y de esta participación, destinadas como están a la difusión del Evangelio que salva» (Juan Pablo II, ChL 15).

además, llamados a ser santos...

10. «La vocación de los fieles laicos a la santidad implica que la vida según el Espíritu se exprese particularmente en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas. De nuevo el apóstol nos amonesta diciendo: «Todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre de Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre» (Col 3,17).

Refiriendo estas palabras del apóstol a los fieles laicos, el Concilio afirma categóricamente: «Ni la atención de la familia, ni los otros deberes seculares deben ser algo ajeno a la orientación espiritual de la vida» (AA. 4). A su vez, los Padres sinodales han dicho: «La unidad de vida de los fieles laicos tiene una gran importancia. Ellos, en efecto, deben santificarse en la vida profesional y social ordinaria. Por tanto, para que puedan responder a su vocación, los fieles laicos deben considerar las actividades de la vida cotidiana como ocasión de unión con Dios y de cumplimiento de su voluntad, así como también de servicio a los demás hombres, llevándoles a la comunión con Dios en Cristo» (Juan Pablo II, ChL 17).

¿CUÁL ES SU TAREA COMO LAICOS Y CRISTIANOS?

Cooperar al crecimiento y santidad de la Iglesia

El «rol» de los laicos mana del Bautismo, no es una concesión...

11. «Los laicos congregados en el pueblo de Dios y constituidos en un solo Cuerpo de Cristo bajo una sola Cabeza, cualesquiera que sean, están llamados, como miembros vivos, a procurar el crecimiento de la Iglesia y su perenne santificación con todas sus fuerzas, recibidas por beneficio del Creador y gracia del Redentor.

El apostolado de los laicos es la participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, a cuyo apostolado todos están llamados por el mismo Señor en razón del bautismo y de la confirmación. Por los sacramentos, especialmente por la Sagrada Eucaristía, se comunica y se nutre aquel amor hacia Dios y hacia los hombres, que es el alma de todo apostolado» (Concilio Vaticano II, LG 33).

Sin la cooperación de los laicos, el apostolado de los pastores «quedaría manco» ..

12. «Los seglares tienen su papel activo en la vida y en la acción de la Iglesia, como partícipes que son del oficio de Cristo sacerdote, profeta y rey. Su obra dentro de las comunidades de la Iglesia es tan necesaria que sin ella el mismo apostolado de los pastores muchas veces no puede conseguir plenamente su efecto. [...] Porque nutridos ellos mismos con la participación activa en la vida litúrgica de su comunidad, cumplen solícitamente su cometido en las obras apostólicas de la misma; conducen hacia la Iglesia a los que quizá andaban alejados; cooperan resueltamente en la comunicación de la palabra de Dios, sobre todo con la instrucción catequética; con la ayuda de su pericia hacen más eficaz el cuidado de las almas e incluso la administración de los bienes de la Iglesia» (Concilio Vaticano II, AA 10).

«Ejercen el apostolado [los seglares] con su trabajo por evangelizar y santificar a los hombres y por perfeccionar y saturar de espíritu evangélico el orden temporal, de tal forma que su actividad en este orden dé claro testimonio de Cristo y sirva para la salvación de los hombres» (Concilio Vaticano II, AA 2).

«Los laicos son Iglesia. Los laicos no sólo pertenecen a la Iglesia, sino que son la Iglesia. [...] Por eso, la «entera Iglesia» y cada una de nuestras Iglesias particulares, no está plenamente constituida si, junto a los obispos, sacerdotes y religiosos, no existe un laicado adulto y corresponsable. La corresponsabilidad es, sin duda, una de las exigencias y expresiones más significativas de la comunión» (CLIM, 24).

Parroquia y Diócesis, lugares naturales para la inserción del laico en la Iglesia...

13. «Para poder participar adecuadamente en la vida eclesial es del todo urgente que los fieles laicos posean una visión clara y precisa de *la Iglesia particular* [esto es, la Iglesia Diocesana] *en su relación originaria con la Iglesia universal*. La Iglesia particular [la Diócesis] no nace a partir de una especie de fragmentación de la Iglesia universal, ni la Iglesia universal se constituye con la simple agregación de las Iglesias particulares; sino que hay un vínculo vivo, esencial y constante que las une entre sí, en cuanto que la Iglesia universal existe y se manifiesta en las Iglesias particulares. Por esto dice el Concilio que las Iglesias particulares están «formadas a imagen de la Iglesia universal, en las cuales y a partir de las cuales existe una sola y única Iglesia católica (LG 23)».

El mismo Concilio anima a los fieles laicos para que vivan activamente su pertenencia a la Iglesia particular, asumiendo al mismo tiempo una amplitud de miras cada vez más «católica». «Cultiven sin cesar el afecto a la diócesis, de la que la parroquia es como una célula, siempre prontos a aplicar

también sus esfuerzos en las obras diocesanas a la invitación de su pastor... (AA 10)» (Juan Pablo II, ChL 25).

14. «La comunión eclesial, aun conservando siempre su dimensión universal, encuentra su expresión más visible e inmediata en la *parroquia*. Ella es la última localización de la Iglesia; es, en cierto sentido, la misma *Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas*. [...] Los fieles laicos deben estar cada vez más convencidos del particular significado que asume el compromiso apostólico en su parroquia. Es de nuevo el Concilio el que lo pone de relieve autorizadamente: «La parroquia presenta el modelo clarísimo del apostolado comunitario, reduciendo a la unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran e insertándolas en la Iglesia universal». [...] En las circunstancias actuales, los fieles laicos pueden y deben prestar una gran ayuda al crecimiento de una auténtica *comunión eclesial* en sus respectivas parroquias, y en el dar nueva vida al *afán misionero* dirigido hacia los no creyentes y hacia los mismos creyentes que han abandonado o limitado la práctica de la vida cristiana.

Si la parroquia es la Iglesia que se encuentra entre las casas de los hombres, ella vive y obra entonces profundamente injertada en la sociedad humana e íntimamente solidaria con sus aspiraciones y dramas. A menudo el contexto social, sobre todo en ciertos países y ambientes, está sacudido violentamente por fuerzas de disgregación y deshumanización. El hombre se encuentra perdido y desorientado; pero en su corazón permanece siempre el deseo de poder experimentar y cultivar unas relaciones más fraternas y humanas. La respuesta a este deseo puede encontrarse en la parroquia, cuando ésta, con la participación viva de los fieles laicos, permanece fiel a su originaria vocación y misión: ser en el mundo el «lugar» de la comunión de los creyentes y, a la vez, «signo e instrumento» de la común vocación a la comunión; en una palabra, ser la casa abierta a todos y al servicio de todos, o, como prefería llamarla el papa Juan XXIII, ser la *fuerza de la aldea*, a la que todos acuden para calmar su sed» (Juan Pablo II, ChL 26 y 27).

Hacer que la Iglesia esté presente en el mundo

Allí donde la Iglesia no puede ser sal si no está por medio de los laicos...

15. «Los laicos, sin embargo, están llamados, particularmente, a hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y condiciones donde ella no puede ser sal de la tierra si no es a través de ellos. Así pues, todo laico, por los mismos dones que le han sido conferidos, se convierte en testigo e instrumento vivo, a la vez, de la misión de la misma Iglesia *en la medida del don de Cristo* (Ef 4,7)» (Concilio Vaticano II, LG 33).

16. «El campo propio de su acción evangelizadora [de los laicos] es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, etc. (cf. EN 70). Es urgente y necesario acentuar esta dimensión. Sin olvidar que la corresponsabilidad de los laicos comprende la edificación de la comunidad eclesial y su acción evangelizadora en la sociedad civil.

La participación de los laicos en la vida de la comunidad eclesial y su acción evangelizadora en la sociedad civil no son responsabilidades paralelas y acciones separables ni contrapuestas. La formación de los laicos debe contribuir a una espiritualidad laical: a la unidad de vida, a una vida según el Espíritu en el mundo. Las asociaciones de laicos son a un tiempo realizaciones de la Iglesia, comunidades evangelizadas y evangelizadoras» (Obispos españoles en *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 27 y 28).

El divorcio más funesto...

17. «El Concilio exhorta a los cristianos, ciudadanos de la ciudad temporal y de la ciudad eterna, a cumplir con fidelidad sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico. Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta de que la propia fe es un motivo que les obliga a un más perfecto cumplimiento de todas ellas, según la vocación personal de cada uno. Pero no es menos grave el error de quienes, por el contrario, piensan que pueden entregarse totalmente a los asuntos temporales, como si éstos fuesen ajenos del todo a la vida religiosa, pensando que ésta se reduce meramente a ciertos actos de culto y al cumplimiento de determinadas obligaciones morales. El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época. [...] Compete a los laicos propiamente, aunque no exclusivamente, las

tareas y el dinamismo seculares. [...] Los laicos, que desempeñan parte activa en toda la vida de la Iglesia, no solamente están obligados a cristianizar el mundo, sino que además su vocación se extiende a ser testigos de Cristo en todo momento en medio de la sociedad humana» (Concilio Vaticano II, GS 43).

El «compromiso temporal» es una faceta de la evangelización...

18. «¿Para qué existe la Iglesia en el mundo? ¿Cuál es su objetivo propio y específico? [...] Esta pregunta solamente tiene una respuesta: La Iglesia es continuadora de la misión de Jesucristo. De forma que para responderla es preciso ir más allá de la propia Iglesia preguntándonos por la misión de Jesús: ¿qué hizo, qué quiso hacer, qué sigue haciendo Jesucristo en el mundo? [...] El papa Pablo VI resumía así la misión de Jesús: «Proclamar de ciudad en ciudad, sobre todo a los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuesta por Dios, tal es la misión para la que Jesucristo se declara enviado por el Padre; todos los aspectos de su misterio la propia Encarnación, los milagros, las enseñanzas, la convocación de los discípulos, el envío de los Doce, la cruz y la resurrección, la continuidad de su presencia en medio de los suyos- forman parte de su actividad evangelizadora (EN 6)». Jesús vino al mundo para evangelizar, esto es, para anunciar un mensaje nuevo y desconcertante: «El Reino de Dios está cerca». [...] Cualquier actividad eclesial que no tenga suficientemente en cuenta este contenido central y radical del Evangelio de Jesucristo, desfigura el mensaje cristiano y la finalidad de la Iglesia. La catequesis, la formación doctrinal y moral de los cristianos, la liturgia y la oración, el necesario compromiso temporal exigido por la fe, deben buscar su fundamento y fin en este anuncio que es el centro de la fe y de la vida cristiana» (Obispos españoles en *Testigos del Dios vivo*, n.9-13).

Llevar el clamor del mundo hasta el corazón de la Iglesia

Un nuevo estilo de relaciones eclesiales...

19. «Acostúmbrense los seglares a trabajar en la parroquia íntimamente unidos con sus sacerdotes; a presentar a la comunidad de la Iglesia los problemas propios y del mundo, los asuntos que se refieren a la salvación de los hombres, para examinarlos y solucionarlos por medio de una discusión racional; y a ayudar según sus fuerzas a toda empresa apostólica y misionera de su familia eclesial» (Concilio Vaticano II, AA 10).

«Los sacerdotes promoverán la participación de todos los miembros en la comunión -viviendo el Evangelio- y animarán la conciencia y corresponsabilidad de los laicos, para que, personalmente y asociados, edifiquen la casa común, en el reconocimiento y el afecto, y colaboren en la única y común misión de la Iglesia: evangelizar y vivir el Evangelio» (CLIM, 42).

20. «La indicación conciliar respecto al examen y solución de los problemas pastorales «con la colaboración de todos», debe encontrar un desarrollo adecuado y estructurado en la valorización más convencida, amplia y decidida de los *Consejos Pastorales parroquiales*, en los que han insistido, con justa razón, los Padres sinodales» (Juan Pablo II, ChL 27).

«El reciente Sínodo [sobre los laicos, año 1987] ha solicitado que se favorezca la creación de los *Consejos Pastorales diocesanos*, a los que se pueda recurrir según las ocasiones. Ellos son la principal forma de colaboración y de diálogo, como también de discernimiento, a nivel diocesano. La participación de los fieles laicos en estos Consejos podrá ampliar el recurso a la consulta, y hará que el principio de colaboración -que en determinados casos es también de decisión- sea aplicado de un modo más fuerte y extenso» (ibíd. 25).

Mejor juntos que «por libre»

21. «Nuestras comunidades han de animar a todos sus miembros a asumir sus responsabilidades individuales en la vida de la Iglesia y en la sociedad civil; despertarán en el conjunto del laicado la conciencia de que el apostolado asociado es expresión y exigencia de a comunión y la misión de la Iglesia; les animarán a asociarse y facilitarán procesos adecuados para la inserción en pequeñas comunidades eclesiales, asociaciones y movimientos apostólicos» (CLIM, 96). θ

Tomado del libro de P. Escartín,

¡Un laico como tú en una Iglesia como ésta! BAC. Madrid, 1997.

TEXTOS DE LA EVANGELII NUNTIANDI (PABLO VI)

Ayuda a la fe de los fieles

54. Sin embargo, la Iglesia no se siente dispensada de prestar una atención igualmente infatigable hacia aquellos que han recibido la fe y que, a veces desde hace muchas generaciones, permanecen en contacto con el evangelio. Trata as de profundizar, consolidar, alimentar, hacer cada vez más madura la fe de aquellos que se llaman ya fieles o creyentes, a fin de que lo sean cada vez más.

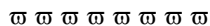
Esta fe está casi siempre enfrentada al secularismo, es decir, a un ateísmo militante; es una fe expuesta a pruebas y amenazas, más aún, una fe asediada y combatida. Corre el riesgo de morir por asfixia o por inanición si no se la alimenta y sostiene cada día. Por tanto, evangelizar debe ser, con frecuencia, comunicar a la fe de los fieles—particularmente mediante una catequesis llena de savia evangélica y con un lenguaje adaptado a los tiempos y a las personas—este alimento y este apoyo necesarios .

La Iglesia católica aviva un vivo anhelo de los cristianos que no están en plena comunión con ella: mientras prepara con ellos la unidad querida por Cristo, y precisamente para preparar la unidad en la verdad, tiene conciencia de que faltaría gravemente a su deber si no diese testimonio, ante ellos, de la plenitud de la revelación de que es depositarla.

Los seglares

70. Los seglares, cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales, deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización.

Su tarea primera e inmediata no es la instalación y el desarrollo de la comunidad eclesial —esta es la función específica de los pastores—, sino el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc. Cuantos más seglares haya impregnados del evangelio, responsables de estas realidades y claramente comprometidos en ellas, competentes para promoverlas y conscientes de que es necesario desplegar su plena capacidad cristiana, tantas veces oculta y asfixiante, tanto más estas realidades—sin perder o sacrificar nada su coeficiente humano, al contrario, manifestando una dimensión trascendente frecuentemente desconocida—, estará al servicio de la edificación del reino de Dios y, consiguientemente, de la salvación en Cristo Jesús.



APORTACIÓN DE LOS LAICOS A LA IGLESIA Y A SU MISIÓN EVANGELIZADORA

Loli Asúa

«La tarea evangelizadora de la Iglesia se hará, sobre todo, por los laicos o no se hará». ¹

- Ayudamos a que la Iglesia en su conjunto se sitúe más correctamente en la historia y en el mundo, contribuyendo a reducir la distancia entre Iglesia y Sociedad. Es una consecuencia del esfuerzo cotidiano por actualizar en la sociedad contemporánea, plural y secularizada, los valores cristianos y las realidades eclesiales haciéndolos así más comprensibles para la construcción de un mundo más justo.

- Aportamos «normalidad» a la Iglesia y hacemos creíble el anuncio de Dios. La Buena Noticia es algo bueno, al alcance de todas las personas. Es una oferta para todos los hombres y mujeres. No es sólo para personas extraordinarias. Ser cristiano no es incompatible con la cotidianeidad de la vida: no exige una forma de vida «heroica» o «sobrehumana». Invita a vivir la vida en todas sus facetas con intensidad, con ilusión, con agradecimiento... buscando la felicidad y haciendo lo posible para que, en la práctica, eso sea posible para todos.

- Recordamos que Dios se encuentra en el corazón de la historia y de nuestras vidas, en todos sus instantes, en los grandes y en los pequeños. En los momentos alegres y en los dolorosos. Dios está presente, cercano y dispuesto siempre a acompañar en el caminar de la vida. Depende de nuestra respuesta. El lugar de encuentro con Dios no es el Templo, sino la vida y el corazón de los hombres.

- Reclamamos y buscamos un lenguaje más normalizado y asequible a todo tipo de hombres y mujeres. La vida de los laicos, al estar inmersa en todas las realidades de la vida (la familia, el trabajo, la política, la vida asociativa, etc.) hace más consciente la necesidad de actualizar el mensaje de la fe y la doctrina de la Iglesia formulada a lo largo de tantos siglos. En definitiva, impulsa a adecuar ese mensaje haciéndolo más comprensible tanto con gestos como con palabras.

- Insistimos en la necesidad de valorar las relaciones humanas como «lugares» de auténtico gozo y de encuentro. También como un campo lleno de complejidades donde debe estimularse y valorarse el esfuerzo cotidiano por avanzar en la comprensión y la adaptación al otro: desde la relación sexual vivida en plenitud hasta la relación generacional con toda su dificultad. De esa manera, las relaciones interpersonales se convierten en símbolo y mediación del encuentro con el Otro con mayúsculas.

- Aportamos la capacidad de pregunta y de sospecha de la propia seguridad debido a un mayor contacto con problemas vitales que cuestionan, interrogan y capacitan para la búsqueda de la propia identidad, el sentido de la vida y de los modos y formas de desarrollar la justicia y la paz...

- Cultivamos la necesidad de dialogar, escuchar, contrastar con otras posturas, ideas, edades.

Dentro del colectivo de los laicos, **las mujeres** jugamos un papel importante y, como laicas, contribuimos a la acción evangelizadora con aportaciones específicas como:

- El valor de lo pequeño, de lo más cercano, de los detalles. Es decir, de lo cotidiano, algo tan importante en nuestra Buena Noticia cristiana. Dios se hace presente en y a través de lo sencillo en contraste con el prestigio que muchas veces se busca en la sociedad y dentro de la propia Iglesia.

- La valoración de la persona humana y de las relaciones humanas, por encima de la eficacia (tendencia distinta al *ser prácticos*, algo muy frecuente en las mujeres debido a su tradicional papel en las tareas domésticas).

- Una mayor facilidad para la pregunta y para la capacidad por la sospecha. Nuestro despertar y conocimiento del engaño social de habernos hecho creer que éramos inferiores, nos hace estar más alerta ante cualquier dogmatismo.

¹ Conferencia Episcopal Española, «Los cristianos laicos, Iglesia en el Mundo».

- La necesidad de los otros. Las mujeres apreciamos con mayor sensibilidad la opinión de los demás y por lo tanto ponemos en práctica con más facilidad eso de «ponerse en lugar del otro».
- El desarrollo de la actitud de la humildad, desde una mayor conciencia de no poseer la verdad...
- La capacidad de adaptación y de flexibilidad. Es decir, el saber ir a lo fundamental y, al mismo tiempo, saber adaptarse según las situaciones determinadas. Esto se debe en gran medida, al hecho de tener que combinar el trabajo, la familia y otras actividades.

Loly Asúa, El laico en la evangelización. SM. Madrid 1997

Cinco afirmaciones para situarnos «en línea de avance», tanto a los laicos como al resto de la Iglesia, e impulsarnos a la aceptación y anuncio de la Buena Noticia.

1.^a *La evangelización es tarea de toda la Iglesia.* No es competencia exclusiva de uno o varios grupos específicos de ésta. Corresponde a toda ella y a todos sus miembros. Cada cual, tanto individual como grupalmente tiene su aportación, que es insustituible por los otros.

2.^a *La Iglesia, como organización o institución social, está ubicada en el mundo y en la historia.* Por tanto, la evangelización «hacia afuera», en ese mundo que calificamos como «exterior», es algo que se hace siempre, y desde todas las actuaciones de la Iglesia. Es decir, no sólo los laicos como ciudadanos, con su presencia, testimonio y trabajo, allá donde estén, ponen en práctica la evangelización. También la Iglesia, como Institución social, evangeliza o no, mediante sus declaraciones, con sus formas de expresión, con su funcionamiento como organización colectiva. La vida y organización de la Iglesia es ya el primer testimonio o antitestimonio de la Buena Noticia.

3.^a *Los laicos son miembros adultos de la Iglesia* y como tales tienen capacidad para aportar al conjunto de la Iglesia, desde su experiencia, reflexiones y análisis sociales, filosóficos y teológicos que impulsen el reconocimiento y aceptación de la Buena Noticia. Esta afirmación tan elemental y básica adquiere hoy una relevancia sin precedentes dado el papel secundario que históricamente han jugado los laicos en el mundo del pensamiento eclesial. Es hora de asumir nuestra responsabilidad y de hacerlo con ilusión y seguridad.

4.^a *Es conveniente insistir en la dimensión comunitaria de la fe* y en su anuncio tal como se nos recuerda en la Evangelii Nuntiandi número 60: «evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado sino profundamente eclesial». Por tanto, nadie puede pretender evangelizar correctamente en solitario, sin estar en comunión con la Iglesia, concretada en su Iglesia particular. Esto nos sitúa a los laicos en una posición clave en la Iglesia a la hora de actuar con el resto de grupos que articulan lo que podríamos calificar como la «sociedad civil eclesial».

5.^a *Evangelizar implica dejarse evangelizar.* Incluye una acción que funciona en ambas direcciones. Si la presencia y actuación de Dios tiene lugar en toda la historia humana (espacial y temporalmente considerada), y si además, los creyentes formamos parte de esa historia, es en ella misma y por medio de ella, desde nuestra libertad, dónde va ocurriendo nuestro propio proceso de conversión a Dios. Somos evangelizados al mismo tiempo que anunciamos la Buena Noticia para todos los hombres y mujeres. Afortunadamente no es necesario ser perfectos para anunciar, como fuente de felicidad universal, al Dios en quien creemos.

Loli Asúa

EL CRISTIANO, ALGUIEN INSÓLITO

Un hombre que no sólo cree en Dios, sino que debe amarle como un hijo ama a un padre amoroso y todopoderoso, a la manera de Cristo.

No sólo depende de Dios, sino que es soberanamente libre por voluntad de Dios.

No sólo ama a su prójimo como a sí mismo, sino que debe amarlo «como Cristo nos ha amado», a la manera de Cristo.

No sólo es hermano, sino un hermano bueno en sus palabras y en sus actos. Para esta bondad no hay límites ni dispensa.

No sólo es hermano de su prójimo cercano, sino del prójimo universal.

No sólo es hermano legal, sino hermano práctico, accesible: no tiene que rebajarse para nadie, no hay distancia; es el prójimo de todos, no se rebaja ni se eleva: está al mismo nivel; sin privilegios y sin derechos: sin superioridad.

No sólo da, sino que comparte; presta, pero no reclama; está disponible para lo que se le pide y también para más de lo que se pide.

No sólo es hermano de los que le aman, sino también de sus enemigos; no sólo soporta los golpes, sino que no se aleja del que le golpea.

No sólo no devuelve el mal, sino que perdona, olvida; y no sólo olvida, sino que devuelve bien por mal.

No sólo sufre y muere a manos de algunos, sino que sufre y muere por ellos; y no sólo una vez, sino en cada ocasión.

No sólo juzga con justicia, sino que no juzga a nadie.

No sólo comparte lo que es y lo que tiene, sino que da lo único que Dios le ha dado personalmente: su propia vida.

No sólo combate el mal interior —en él mismo—, sino también el exterior; y no sólo lucha contra el mal allí donde esté, sino contra sus frutos: la desdicha, el sufrimiento o la muerte. Pero combate por el bien y sin cometer el mal y, si se trata de la felicidad de muchos, no acepta compensarla con la desgracia de uno solo.

No sólo combate el mal en el mundo, sino que acepta el sufrimiento que debe soportar.

No sólo lo acepta, sino que lo acepta de buen grado, voluntariamente, porque es la energía, la eficacia, el arma del combate cristiano.

No sólo combate, sino que combate sin gloria, para que Dios sea glorificado, sea santificado su nombre y venga su reino.

No sólo acepta no parecer un héroe, sino no serlo. No sólo acepta no ser admirado, sino ser ignorado.

No sólo combate, sino que es pacífico, porque lo que el Dios todopoderoso e infinitamente amoroso ha empezado o continúa, él siempre lo termina con fuerza y con amor. Espera de Dios con una confianza «inagotable» eso por lo que trabaja con todas sus fuerzas y sus fuerzas no pueden realizar. Pide a Dios que se haga su voluntad; espera de Dios que venga su reino. La oración es para él la energía de la acción.

No sólo ama la vida porque Dios la ha hecho, sino que es feliz de vivir una vida que es eterna para todos los hombres.

No sólo es feliz de vivir, sino que es feliz de morir, porque morir es nacer a la eternidad, porque todo hombre será juzgado por el amor de Dios, por la justicia compasiva de Dios; no sólo porque la creación es hija de Dios, sino porque su belleza, incluso sabotada, es indestructible; no sólo

porque el hombre está sumergido en los bienes de Dios, sino porque Dios sólo permite el mal para que de él nazca un bien mejor.

No sólo actúa en el tiempo, sino que espera los frutos de eternidad cuya semilla siembra él en el tiempo. Esto es lo que él denomina «esperanza».

No sólo es feliz porque vive gracias a Dios y para Dios, sino porque vivirá y hará vivir a sus hermanos con Dios para siempre.

Madeleine Delbrêl, La alegría de creer. Sal Terrae 1997

Los cristianos en el mundo

De la carta a Diogneto (Caps. 5-6)

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por su modo de vida. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres.

Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho.

Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos los combaten como a extraños, y los gentiles los persiguen y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad.

Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo. El alma invisible está encerrada en la cárcel del cuerpo visible; los cristianos viven visiblemente en el mundo, pero su religión es invisible. La carne aborrece y combate al alma, sin haber recibido de ella agravio alguno, sólo porque le impide disfrutar de los placeres; también el mundo aborrece a los cristianos, sin haber recibido agravio de ellos, porque se oponen a sus placeres.

El alma ama al cuerpo y a sus miembros, a pesar de que éste la aborrece; también los cristianos aman a los que los odian. El alma está encerrada en el cuerpo, pero es ella la que mantiene unido el cuerpo; también los cristianos se hallan retenidos en el mundo como en una cárcel, pero ellos son los que mantienen la trabazón del mundo. El alma inmortal habita en una tienda mortal; también los cristianos viven como peregrinos en moradas corruptibles, mientras esperan la incorrupción celestial. El alma se perfecciona con la mortificación en el comer y beber; también los cristianos, constantemente mortificados, se multiplican más y más. Tan importante es el puesto que Dios les ha asignado, del que no les es lícito desertar.